

qué momento y por qué, se pierden las ganas de luchar? ¿Les pasa igual a los hombres? ¿Qué les espera en el futuro? Laura y Ana, mis personajes, se hacen esas mismas preguntas.

Su historia es cotidiana. No hay grandes causas que desencadenan el drama. Sólo hay pequeñas cosas. Esas malditas pequeñas cosas que todos vamos arrinconando en nuestra memoria hasta que nos ahogan.

Debo decir que además de haber obtenido con ella el Lope de Vega en la edición 1983, he tenido el honor de que dos de nuestras más extraordinarias actrices: Amparo Rivelles y Lola Cardona, hayan puesto toda su entrega y todo su talento en la obra, logrando hacer una creación tan difícil como inolvidable. También he tenido la suerte de contar con un director como Joaquín Vida, que ha logrado aunar perfectamente fuerza dramática y sensibilidad.

Joaquín Vida: «Enorme caudal de sentimientos»

Para mí, un hijo de los años sesenta, incorporado al mundo de los adultos en medio del fragor de la contestación juvenil, en plena revolución sexual y entre los clamores del Mayo Francés, militante desde siempre en las huestes de la progresía ilustrada, ahito y embotado de toda clase de teorías más o menos científicas, para mí, digo, ha seguido siendo un enigma la realidad humana que se esconde tras



Lola Cardona



Amparo Rivelles

eso que hemos dado en llamar «el problema de la mujer».

Siempre he deseado saber, más allá de toda abstracción teórica, cómo es el alma de esas mujeres para las que los vientos liberalizadores de la Década Prodigiosa llegaron demasiado tarde o, simplemente, no llegaron; qué huellas la marcan, qué cicatrices la surcan para siempre. Pero en ninguna tesis, tesina o ensayo encontré jamás contestación a mis preguntas.

Ha sido, como siempre, el Arte, capaz de llegar donde la Ciencia no puede hacerlo, quien me ha dado la respuesta. En el arte de Sebastián Junyent —con su habilidad para transmitir el enorme caudal de sentimientos que ocultan unas vidas en apariencia minúsculas—, en el arte de Amparo Rivelles —tan

lleno de sabiduría acerca de la escena y, lo que es más importante, de la vida— y en el de Lola Cardona —tan desbordante de sensibilidad, tan rico en matices— he podido vivir por mí mismo, durante un gratisimo período de ensayos, las angustias, las alegrías, los temores y las esperanzas de unas mujeres a las que conocí, de la mano de Martín Gaité, cuando eran jóvenes y aún luchaban por hacer realidad sus sueños, huyendo del hogar paterno o construyéndose uno propio a imagen y semejanza de aquél y a las que he encontrado ahora en «Hay que deshacer la casa», ya maduras, atrapadas en aquellas mismas redes, sutiles pero irrompibles, que las cercaban entonces; prisioneras de su propia infancia, encarceladas «entre visillos».